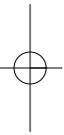
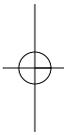


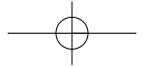
I

 **E**n mi madre había una herida que nunca se curaba, fue así desde que tengo recuerdos de ella. Era aún muy pequeño cuando la oía llorar por las noches. Lloraba porque su relación con mi padre era un desastre, lloraba por mi hermano, porque su vida apenas era un pálido reflejo de lo que había esperado. Yo iba a su cuarto a consolarla y tenía miedo a encontrarme con algo oscuro y desconocido. 

Unos meses antes de su muerte estuvimos paseando por los jardines de la universidad. Yo había terminado el bachillerato y cursaba el primer curso de medicina. Era un domingo de otoño. El sol desprendía llamas de las hojas y los plátanos extendían sobre nuestras cabezas sus gruesas ramas llenas de nudos. Nos sentamos en un banco.

—Te has hecho mayor sin que me diera cuenta —me dijo, con una sonrisa triste.

Mi padre y ella apenas se hablaban y yo, que era su único apoyo, había empezado a volar por mi cuenta. Ya no era el niño que había ayudado a crecer, que la necesitaba hasta para ir a la cama y desabrocharse los cordones de las botas.



Un barrendero había agrupado las hojas muertas y las prendía formando pequeñas hogueras. El humo rojizo flotaba entre los árboles, y el olor de hojas se extendía a nuestro alrededor como una droga.

—Todo se pierde —murmuró resignada.

No supe qué decirle. Desde niño era así. Se quedaba absorta en sus pensamientos y yo no me atrevía a preguntarle por ellos. Me daban miedo esos pensamientos que siempre tenían que ver con el dolor, con la pérdida de algo. El humo venía hacia nosotros y las llamas crepitaban, levantando lenguas doradas y azules. Una nube de partículas negras, como diminutos insectos, nos obligó a levantarnos.

—Anda, vamos.

Mi madre no tenía amigas ni familiares cercanos y, en ese tiempo, apenas salía de casa salvo para hacer la compra o ir a la iglesia. Iba a misa todos los días. Se arrodillaba en los bancos más cercanos al altar y rezaba. Rezaba por mí y por mi hermano. Él había muerto cuando yo tenía seis años, pero ella seguía comportándose como si la siguiera necesitando. Fue así desde que puedo recordar. Decía que tenía dos hijos, *uno en el cielo y otro en la tierra*. Aún me veo arrodillándome cada noche, al pie de la cama, para dedicarle a mi hermano nuestras oraciones. Luego se acostaba a mi lado, y la oía suspirar por él. *Antonio, hijo mío*.

Antes de trasladarnos a la que sería su última casa, habíamos vivido en una calle del barrio de San Martín. Era un lugar de pequeños artesanos y tiendas modestas donde todos se conocían. Muy cerca había una plaza con un caño donde las vecinas iban a por agua y se detenían a charlar, mientras se oían los sonidos de

las máquinas de una imprenta próxima. La placita estaba bordeada de altas acacias. Habían crecido sin apenas ser podadas y sus ramas se desplegaban sobre nuestras cabezas como una cúpula verde y viva que, al atardecer, se poblaba de pájaros. En primavera, las acacias daban unos racimos de flores blancas que comíamos y llamábamos *pan y quesitos*.

La piedra caliza de los bancos tenía el color de los huesos y, desde el mirador de nuestra casa, los movimientos de los paseantes poseían una cualidad acuática, de cuerpos sumergidos. Era mi lugar preferido. El suelo era de tarima color miel, y era allí donde desplegaba mis pequeños soldados de goma. Podía pasarme tardes enteras jugando con ellos. Oía el sonido de las campanas de las iglesias próximas, y cuando era verano y las ventanas estaban abiertas, me llegaba el piar de los gorriones y el arrullo de las palomas, que volaban entre las ramas con sus alas de metal.

A menudo iba a ver a mi madre, que estaba en la galería cosiendo. Me gustaba acercarme sin que lo notara, pero procuraba que no me cogiera en sus brazos y se pusiera a besarme, porque eso disgustaba a mi padre, que tenía sus ideas acerca de cómo había que tratar a un verdadero muchacho. Yo era demasiado sensible y todo me daba miedo o me hacía llorar. Y a mi padre no le gustaba que me comportara así. Según él, había demasiadas mujeres en aquella casa e iban a terminar por transformarme en un afeminado. Yo había oído contar a mi madre que durante su embarazo siempre esperó que yo fuera una niña. Y a veces soñaba secretamente con esa niña que a mi madre le hubiera gustado tener.

Recuerdo que me acercaba en silencio para verla. Mi madre tenía buena mano con las plantas y la galería estaba llena de flores. Ella se sentaba a hacer punto junto a una pequeña mesa, y siempre tenía un libro cerca, pues le gustaba mucho leer. No era su belleza la que me atraía. Era algo que permanecía a su lado, que te enseñaba a ver las cosas: la diferencia que había entre unas flores y otras, entre la verdad y la mentira, entre los sueños y las cosas reales.

—Ya estás a salvo —me decía con una sonrisa cuando yo me refugiaba en su regazo. Y su cara se llenaba de luz. Era su luz, una luz única que la bañaba como una ola. Una luz que venía de otro mundo, que hablaba de una vida oculta de la que yo no sabía nada.

A veces me preguntaba cómo era esa vida, qué había en ella, pues no lograba comprender a mi madre. Podía ser la más feliz de la tierra y empezar a hacer los planes más disparatados, como hablar de aquel viaje que algún día haríamos juntos a París, o caer en profundos estados de tristeza en los que perdía todo deseo de vivir. Se encerraba entonces en su cuarto y se negaba a levantarse de la cama. Permanecía horas enteras sin moverse, sin hacer nada, casi sin comer. En la penumbra, su cuerpo parecía el de una ahogada. No sabía cómo ayudarla, pues yo sólo era un niño que no comprendía las cosas de los mayores y que vivía obsesionado con la idea de que pudieran dejar de quererme. Me asomaba a su cuarto y sentía su calor. No me parecía enteramente humana, tampoco lo era yo. Ningún niño lo es, porque los niños no creen que la muerte sea para siempre. Tampoco mi madre lo creía, y pienso que si hubiera visto aparecer en la coci-

na a mi hermano no se habría extrañado. Le habría dado de comer, le habría curado aquella herida que tenía en el pecho.

—Fue por mi culpa, no supe cuidarle —decía—. Hasta las hembras de los animales cuidan mejor a sus crías.

Hablaba de él como si aún estuviera allí, como si los niños muertos también necesitaran cuidados. Y yo no sabía qué hacer. No comprendía lo que había pasado, por qué mi hermano estaba muerto y yo, en cambio, seguía viviendo.

—No me hagas caso —me decía como sonámbula—, el sábado estaré bien e iremos juntos al cine.

Pero yo intuía otra cosa; lo que de verdad me pedía era que me fuera, que en ese momento no podía ocuparse de mí, que el amor no podía repartirse, que era como las espigas en el campo.

También discutía con mi padre. Cualquier motivo les hacía enzarzarse en interminables discusiones. Oía sus voces desde la cama. Discutían por el dinero, por la casa; mi madre le reprochaba que se pasara tanto tiempo fuera y apenas se ocupara de nosotros. Y hablaban de mi hermano. Le culpaba de algo y mi padre le contestaba furioso.

—Estás loca, has perdido la razón.

En ocasiones él se iba dando un portazo. Tardaba días en volver. Mi padre era policía, y aunque era muy joven ya le habían ascendido al puesto de comisario. A mi madre no le gustaba su trabajo. No veía bien que le invitaran en los bares o que cuando iban al cine les dijeran que no tenían que pagar. No quería esos favores. Decía que ellos tenían su propio dinero. Una vez le enviaron a casa un abrigo de piel. Acababan de abrir una tienda cerca, y se presentó una chica que llevaba aquel abrigo con

una nota que decía: «Cortesía de la casa». Era de visión, y cuando mi madre quiso reaccionar la chica ya se había ido dejándola con el abrigo en las manos. Recuerdo que Marga, la muchacha que en ese tiempo teníamos en casa, se puso a gritar y a dar saltos, y que no paramos hasta que mi madre se lo probó. Estaba muy guapa, como una actriz.

También Marga se lo puso e hizo un pase de modelos por el pasillo, mientras todos nos moríamos de risa. Aunque a ella no le sentaba tan bien, pues era más baja que mi madre y, como dijo Felicidad, la costurera, aquel abrigo *la hacía parecer un rey mago*. Pero cuando llegó mi padre, mi madre se puso hecha una furia y le dijo que no quería aquel abrigo y que hiciera el favor de devolverlo.

—Tarde o temprano querrán que les devuelvas el favor —le dijo.

Pero mi padre no era un policía al que todos temieran, sino al que respetaban y querían. Por eso le invitaban y lo llenaban de regalos. Era abierto y alegre, como un niño grande. Era eso lo que le había gustado a mi madre, que solía decir que todas las mujeres enloquecen por los hombres que son como niños. Y contaba cómo se habían conocido. Fue en la joyería del abuelo. Ella se ocupaba de despachar y un día mi padre se presentó en la tienda a comprar una medalla y le pidió consejo.

—¿Es para su prometida? —le preguntó mi madre, que se había fijado en sus ojos y en la forma tan atrevida con que la había mirado al entrar.

Mi padre le dijo que sí, y ella le enseñó una medalla de la Virgen y el Niño, la misma que llevaría al cuello toda su vida, por-

que luego, al comprometerse, mi padre se la regaló. Ese día se la hizo probar, para ver cómo sentaba, y luego le dijo que necesitaba pensárselo. *Es guapo*, se dijo mi madre cuando se fue, pero no le gustaba que se cortara tanto el pelo, y pensó que si ella fuera su novia le obligaría a dejárselo un poco más largo.

Al día siguiente estaba de nuevo allí y, aunque estuvo viendo más joyas, tampoco llegó a comprar nada. Cuando parecía que se iba a decidir por una, se echaba para atrás.

—No sé, no me termina de convencer —murmuraba con una sonrisa. Mi madre no sabía qué pensar de él. No parecía tímido, ni tampoco que tuviera una prometida. *Está fingiendo, me está tomando el pelo*, pensaba. Y se dijo que la próxima vez le echaría sin contemplaciones.

Mi padre era un hombre alto, moreno, de ojos grises. Unos ojos grandes, rodeados de pestañas oscuras. Unos ojos que sabían pedir. Se presentó en la joyería al día siguiente y al otro, y mi madre se tenía que probar las joyas que le enseñaba. Se probó pendientes que brillaban como gotas de rocío, cadenas tan finas como hilos de coser, dijes que recordaban delicados exvotos. Hasta que un día le pidió que no volviera, que estaba harta de que sólo fuera para entretenerla, y de que nunca comprara nada.

—Es que yo —le dijo mi padre— a quien quiero comprar es a usted.

Mi madre se quedó tan perpleja que tardó en responderle. Cuando lo hizo fue para decir algo que nunca había pensado que pudiera salir de sus labios:

—No creo que tenga suficiente dinero.

—¿Cuánto haría falta? —le preguntó mi padre sin inmuntarse.

Mi madre no lo dudó, parecía que se hubiera vuelto loca, una sonámbula ajena al peligro que corría; al revés, encantada con ese peligro.

—Un millón —le contestó ella, con los labios ardiendo como si tuviese fiebre.

Mi padre se fue y, al día siguiente, se presentó con el dinero. Lo llevaba en una bolsa de papel, y fue poniendo los billetes sobre el mostrador. Mi madre estaba atónita. Un millón era entonces una auténtica fortuna, y ver todos aquellos billetes le produjo una reacción de pánico. Sólo pensaba en su padre, el abuelo Abel, que en esos momentos estaba trabajando en el fondo de la tienda.

—Váyase, por favor —le suplicó.

Se oyó la voz del abuelo preguntando si pasaba algo.

—Nada, no se preocupe —contestó ella.

Y se volvió hacia mi padre con tal expresión de súplica que a éste no le quedó otra solución que ceder. Guardó los billetes y le dijo que se iba con una condición: tenía que prometerle que esa tarde le acompañaría al cine.

Y mi madre se lo prometió.

Quedaron en verse en el teatro principal, en la sesión *vermouth*. Mi madre no pensaba ir, y sólo había cedido para que la dejara tranquila. Pero le bastó ver a mi padre perderse por la puerta para saber que lo haría. Era verano y frente a la joyería había un pequeño jardín, con una casita para las palomas que parecía un cubo de cal. Al rato de marcharse él, mi madre salió

a la puerta. El jardín húmedo y luminoso, el zumbido de las abejas y el intenso aroma de las flores la hicieron gemir de placer. Se dio cuenta de que estaba temblando, y supo que era por aquel hombre, como si un hilo sutil, más poderoso que las palabras, les siguiera uniendo en la distancia.

Y, en efecto, esa tarde se presentó a la cita. Mi padre la esperaba en la puerta y entraron juntos en el cine. Ponían una película que se titulaba *Perdición*. Mi madre tenía una memoria prodigiosa, y se acordaba de los nombres de los actores y actrices que intervenían en todas las películas que veía. En *Perdición* actuaban Fred MacMurray y Barbara Stanwyck. Trataba de un agente de seguros que conoce a la mujer de uno de sus clientes cuando le visita para renovar una póliza. La mujer se interesa por un seguro de accidentes para el marido, dejando al descubierto su clara intención de asesinarlo para cobrar la indemnización. Cautivado y seducido por ella, el agente decide ayudarla y juntos urden un maléfico plan de asesinato que los llevará al desastre.

Hay un momento que mi madre siempre recordaba. El hombre ha caído irremisiblemente en las redes de la mujer y ha aceptado hacer lo que le pide. Y ésta le dice: *Los dos somos canallas*. A lo que él replica: *Sí, pero tú más*. Mi madre se dio cuenta muy pronto de que mi padre también era un poco canalla, y, es más, descubrió que eso era lo que la había enamorado.

—¿De dónde los sacaste? —le preguntaba luego, recordando la anécdota de los billetes muerta de curiosidad. Mi padre se encogía de hombros y sonreía con malicia. Como si le dijera:

¿Tú qué sabes de mí, qué sabes de mi vida, de lo que hago cuando no estoy contigo?

Ya era entonces policía y ella siempre pensó que aquel dinero se lo había prestado alguien que le debía algún favor. O que lo había tomado por su cuenta de la comisaría, de una partida que hubieran confiscado. Pero mi padre nunca le dijo de dónde procedía ni qué le habría pasado si no lo llega a devolver.

Cuando empezaron a salir juntos, a ella no sólo no le importó que fuera policía sino que le gustaba. Tenía sus ventajas, porque en Zamora todos le conocían. Les daban la mejor mesa si iban a cenar, nunca tenían problemas de entradas en el cine y en las terrazas de los bares les atendían al momento. Lo que luego llegaría a odiar con toda su alma, entonces le parecía lleno de romanticismo. Mi madre decía que las muchachas enamoradas son tontas. Flotan a dos palmos del suelo y no saben distinguir sus sueños de la realidad. Era eso lo que le había pasado con mi padre, que no supo ver sus verdaderos defectos. Tampoco era fácil, porque mi padre era muy divertido. Se detenía a mirar a los recién nacidos, ayudaba por la calle a los ancianos y, en la comisaría, escuchaba con paciencia los problemas de la gente. Con ella, al menos mientras fueron novios, se portaba como un caballero y siempre estaba pendiente de lo que pudiera hacerla feliz, como si ésa fuera su única tarea en el mundo. Pero mi padre tenía dos vidas, como probablemente tenemos todos. Una abierta y alegre, que mostraba con el descaro de los actores de las comedias, y otra oculta y perturbadora de la que ella poco a poco se iría enterando, aunque al principio se negara a aceptarla.

